

repudios curaron a Hardy de escribir novelas para siempre, y al mismo tiempo –a sus casi 70 años– se convirtió en una gloria viva, en un coloso de la ficción anglosajona, de la misma estatura casi que un Dickens o un Thackeray. Max Gate pasó a ser lugar de peregrinaje, y si Thomas y Emma no andaban por los caminos del distrito, paseando en bicicleta, el veterano autor no tenía inconveniente en recibir visitas. Por su casa pasaron, entre finales del XIX y principios del XX, escritores como Robert Louis Stevenson y su mujer Fanny; James Barrie y H. G. Wells; John Galsworthy (mordido sin consecuencia por Wessex, el leal perro de la casa), Yeats y Newbolt (quienes le llevaron en 1912 la medalla de oro de la Royal Society of Literature); Kipling y Edmund Gosse; o Robert Graves y su mujer, encuentro que este narró después en sus memorias, *Adiós a todo esto*. Cuando, en 1926, los Woolf visitaron al maestro, Leonard escribió que Max Gate (con su torreón, sus muebles antiguos y su hiedra cubriendo la fachada de ladrillo rojo) semeja una solidificación de su propio dueño, un anfitrión al parecer exteriormente reservado, educado e inescrutable.

Liberador de la poesía

Thomas Hardy entró, pues, en el siglo XX libre de compromisos narrativos y resuelto a probar la pluma únicamente en el terreno de la poesía. Para empezar, recuperó versos de su juventud, los revisó y los reunió en los volúmenes *Wessex Poems* y *Poems of the Past and the Present*. Y, acordándose de un viaje con Emma por Bélgica y de una visita a Waterloo, empezó a componer la vasta epopeya *The Dynasts*, una suerte de gran panorama sobre las guerras napoleónicas, con Bonaparte conducido por el destino a un inexorable final. Hardy, dedicado en exclusiva a la poesía, sintió que se había librado de las limitaciones de la ficción, que siempre consideró un arte mecánico y un tanto bastardo. Pero esta deserción no le fue perdonada por críticos como F. R. Leavis, que opinaba que el autor de Dorset, elaborando versos, estaba desperdiciando sus dones naturales. También novelistas como D.H. Lawrence –acaso el heredero natural de su legado– lamentaban a su manera que su predecesor no hubiera continuado como creador de ficciones. Hoy sabemos que la elección de Hardy por la poesía (que consideraba un arte más puro) fue certera, y es opinión común que los breves

poemas que empezó a desgranar a partir de *Time's Laughing-Stocks* (1908) constituyen –como bien ha observado José María Valverde– “el punto de arranque de una fecunda línea de lírica conversacional y cotidiana” que tendrá importantes cultivadores posteriores como Robert Graves o Robert Frost. La inflexión decisiva en su trayectoria lírica se produce en 1912, con la súbita muerte de su esposa Emma. “Este es el momento en que Thomas Hardy devino un gran poeta”, opina su biógrafa Claire Tomalin. Este fallecimiento le dejó consternado, y se reprochó amargamente no haber cuidado lo suficiente a su compañera. El dolor por la pérdida de su mujer (y la añoranza de los primeros tiempos) originará un borboteo de breves poemas elegiacos que están entre los mejores de su corpus. Aparecerán en 1914 bajo el título de *Veteris vestigia flammae*. Esta aflicción contrasta con los cambios que, inmediatamente después de la muerte de Emma, se produjeron en Max Gate. Florence Dugdale, una mujer de 30 años natural de Dorset y que hacía recados para Hardy, pasó a instalarse en la mansión y apenas un año después se casaba con él. Tampoco este matrimonio resultó feliz, principalmente porque el escritor prefería pasar casi todo el tiempo encerrado en su gabinete.

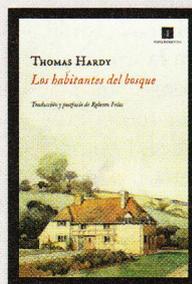
En su septuagésimo aniversario, Hardy tuvo la satisfacción de recibir la Orden del Mérito por parte del rey Jorge V. Y, en 1905 y 1913, respectivamente, obtuvo doctorados honoris causa por las universidades de Aberdeen y Cambridge. Su popularidad fue a más y sus novelas se reimprimían constantemente. Pero él decía en aquel entonces que deseaba que se le recordara como “un poeta que había escrito algún cuento en prosa”. Seguirá, en efecto, emborronando versos sobre las cosas más corrientes en un estilo coloquial y antirromántico, y estos poemas

(de circunstancias, muchos de ellos) fueron convirtiéndose en pequeños tomos: *Momentos de visión* (1917), *Canciones tardías y tempranas* (1922), *Espectáculos humanos, fantasías lejanas* (1925) y *Palabras de invierno* (1928). Hardy estaba labrando una lírica sobria y cotidiana, a contracorriente de la cultista que imponían entonces un Pound o un T. S. Eliot. Significativamente, las dos generaciones poéticas inglesas que surjan en los años 1930 y 1950 (por un lado, la de Graves y Auden; por otro, la de Philip Larkin y la escuela The Movement) tendrán en Hardy a su máximo referente, y reconocerán en él al versificador que (como Baudelaire en Francia durante la segunda mitad del XIX) liberó la poesía de la hinchazón retórica y la ajustó a un ritmo de llana naturalidad.

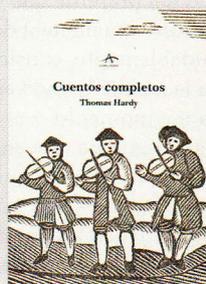
Los años finales del escritor transcurrieron en buena parte en la cama, convaleciente de distintos achaques. Durante la Gran Guerra todavía pudo hacer campaña a favor de la intervención de Gran Bretaña en el conflicto, así como visitar numerosos hospitales militares. Pero, al sobrepasar la ochentena, se fue reclusivo en el primer piso de Max Gate y destruyendo muchos papeles que no deseaba que le sobrevivieran. En 1924, por cierto, consintió en asistir en Dorchester a una versión dramatizada de su novela *Tess...* ¡y se enamoró como un niño de la actriz protagonista!

Hardy, en fin, enfermó gravemente en otoño de 1927, y murió el 11 de enero de 1928, minutos después de pedirle a su esposa Florence que le leyera un poema del *Rubayat* de Omar Jayam. Se le enterró por partida doble, si así puede decirse: su corazón fue sepultado en el pequeño cementerio de Stinsford, Dorset, junto a su primera esposa. Y sus cenizas fueron trasladadas a Londres, a Westminster. Se le ofició un funeral por todo lo alto, y sus restos fueron

llevados a hombros por James Barrie, Rudyard Kipling, Arnold Bennett y George Bernard Shaw, entre otros. Es probable que algunos de los asistentes a la ceremonia musitaran de memoria su extraordinario poema *Afterwards* (“Después”): “Cuando el presente haya cerrado su puerta tras mi trémulo pasar, / y el mes de mayo agite sus alegres hojas verdes como alas, / de delicada piel como seda recién hilada, ¿dirán los vecinos: / ‘Él era un hombre que solía advertir tales cosas?...’”. ■



Los habitantes del bosque
Thomas Hardy
Impedimenta
452 págs. 19,95 €.



Cuentos completos
Thomas Hardy
Alba
960 págs. 42 €.



Tess la de los d'Urberville
Thomas Hardy
Alianza
528 págs. 9,90 €.